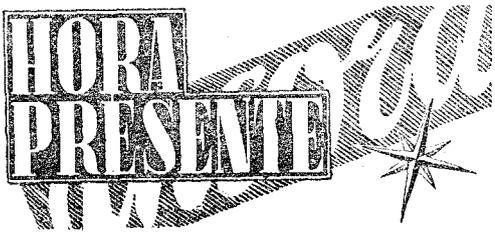


an corda

SAN FELIU DE GUIXOLS - 21 ENERO 1960
NÚM. 614 AÑO XIII

¡ESOS HIJOS!



Cuantas veces esta exalación ha salido de los labios de millares y millares de padres. Cuantas de éstas ha entrañado el dolor, la pena profunda que en el corazón paterno producía el zaguero andar de su progenie o de alguno de sus vástagos. Unas, por causa de ajenas circunstancias que han estropeado los felices planes que se habían forjado para su futuro. Otras por la mala inclinación a que los han llevado insanos ambientes e indeseables compañías, sin que el buen ejemplo familiar y los buenos consejos hayan podido cotrarrestar la malifica influencia del exterior. Sin descontar los imprevistos, que siempre surgen y que aun en los mejores casos de fortuna moral han echado un negro borrón en la sonriente página de la paz familiar.

¡Esos hijos! Una enfermedad, un revés en los exámenes, la dificultad de hallarles un buen empleo que les abriera una clara perspectiva económica en la vida, los reiterados obstáculos hallados al querer orientarlos en el ejercicio de una profesión lucrativa y honrosa, han sido causa de que saliera de los labios paternos esa exclamación penosa: ¡esos hijos!

En todo tiempo han oído, los hijos, preocupación primordial de los padres. De los responsables y conscientes como tales, se entiende.

Pero ahora nos hallamos en que esa preocupación ha subido de tono, a raíz de las dos guerras mundiales, se ha producido un resquellajamiento moral sumamente peligroso. De efectos deplorables y hasta trágicos. Una oleada de delincuencia juvenil se ha extendido por el mundo de la post-

guerra. Una plaga de difícil combatir se ha infiltrado en las jóvenes generaciones. No sólo en las de las bajas capas de la sociedad, las que moran en los suburbios incultos y económicamente débiles. Sino también, y esto es mucho más alarmante, en las de los estamentos superiores y, que por esta condición parece no debería hacer mella la acción corrosiva del delito por su mejor formación moral y educativa.

Esa plaga o epidemia antisocial que el mundo actual padece, presenta dos aspectos bien diferentes, toma dos ramificaciones de bien distinto signo, pero cuya causa común arranca seguramente del mismo hecho: la susodicha depresión moral producida a consecuencia de las guerras. Por un lado esa juventud entregada a toda clase de excesos delictivos, que abarca desde el gamberrismo inconsciente y en cierto punto inofensivo, y llega hasta el otro extremo que constituye el gangsterismo criminal y que da tanto que hacer a los cuerpos policíacos y ocupa grandes espacios en los archivos judiciales. Aspecto el más grave y que reclama urgentes medidas de profilaxia social.

Pero existe también otra derivación a que conduce ese relajamiento moral de la juventud contemporánea, y es la manifestada por esa adolescencia deprimida sin arrestos de nobles ambiciones y sin ánimos para afrontar la vida con todos sus contratiempos y reveses. Un ejemplo que simboliza a esa parte de juventud de signo negativo, nos la da ese desgraciado muchacho parisiense, estudiante, que por haber sufrido una derrota en los exámenes se echó desde el quinto piso de la Torre Eiffel para acabar con su vida. ¿Por qué? ¿Acaso sus quince, o dieciocho años, igual da no valían con todo su potencial humano por todas las notas, por sobresalientes que fueran y que se le negaron?

Sintonia

Nieve y frío

¿Se puede hablar de nieve y frío, sin que se caiga en la vulgaridad de una cosa de todos los tiempos? El escritor le teme a esta vulgaridad. Y sin embargo, él se atreve a que esta Sintonía resulte nevada, helada y quizá por esto, resulte fría.

Pero es el caso que estos elementos atmosféricos resultaron el orden del día, en el final de la semana pasada. Final de semana que nos trajo una nevada bastante regular. En nuestro escenario urbano se montó la escena, muy bella, sí, pero también muy dolorosa. El invisible Director escénico, llámesele Destino, Hado, Fortuna o lo que se quiera, reservó algunas caídas muy lamentables. Caídas que no debían, de ninguna manera, formar parte de la acción.

Esta tenía cosas muy agradables, cosas que no son frecuentes en esta latitud nuestra. Quizá por esto, hasta los había que aguardaban con ilusión la caída de la nieve. Para salir enseguida a pisarla, maltratando, así, su inmaculada blancura. O bien para arrojarla al prójimo con violencia, dándole con esto un uso antipático, intolerable.

Al socaire de su caída, seguramente que hubo quien atentó contra unas vidas del mundo volátil, frágiles y desamparadas. Era la gran oportunidad. La oportunidad de la escasez y del hambre. Y en contra, seguramente que hubo quien supo escoger lo bello. Que supo buscar el rincón vírgen, en aquellos momentos, de cualquier huella humana, para retenerlo, primero, en la retina de sus ojos y luego, captarlo en la máquina fotográfica para encanto recreativo de días futuros.

¿Ha resultado fría, esta crónica? Por sí así hubiese sido, conseguimos otra blancura cuyo mensaje es alentador. El de los almendros que nos circundan. Blancura que lleva la savia de una vida renovadora. De una vida primaveral que se avecina.

No fue esa incapacidad de estudio su fracaso escolar el que le llevó a tan triste resolución, sino la falta de fe consigo mismo y en los altos destinos con que vino al mundo la causa de su hundimiento moral. Le falló la piedra angular sobre cuya base debía sostener el edificio de su vida: la fe.

¡Esos hijos!

XAVIER